

Adrián de Loyarte

LA VIDA

DE LA CIUDAD

DE

SAN SEBASTIAN

1900-1950

TOMO TERCERO

SAN SEBASTIÁN
1952



Semblanza de Raimundo Sarriegui

LAS calles de la parte vieja, con abolengo de puro donostiarrismo, donde hemos nacido y hemos vivido, son las que han dado a la Ciudad, ambiente recoleto de castizas parroquias, de perfume medieval.

Son las calles amables y estrechas. Las que tenían hornos de cocer pan. Tiendas y confiterías, con cereros menestrales. Y obradores de toneleros, con ruido de martillazos. Herreros y carpinteros que trabajaban para el puerto, y marinos oliendo a algas, irrumpiendo por sus calles. La calle del 31 de Agosto era la de la Trinidad; y la que levantó a San Telmo, la misma que la de Cuchillería.

Pasteleros y cereros, que para no tener tasa en las ventas, pedían permiso al Concejo. Y de San Vicente, frente a su Iglesia, son las imprentas antiguas y notables de la Ciudad.

Cuando tocaba el Angelus, cerraban las puertas a la noche, y de madrugada, las abrían, con el mismo rezo sacramental. Son

las calles de hoy; las que están modernizadas con recuerdos agoreños, y las que limpiás sus caras de la pátina de ayer, lucen vetustas, todas las piedras seculares que rezan a la Ciudad siglos de bendición.

Son las calles de las tabernas, que las tenemos descritas para los que no están enterados, viejas y cerradas, con cortinillas rojas, y vino de color de amapola. Ni dejamos en olvido, al hablar de San Sebastián, que son estas calles de la parte vieja, las que todavía nos producen la emoción de una reliquia donosliarra.

Luces y sombras como las calles de ayer. Paredes como las de San Telmo. Campanarios como San Vicente y Santa María. Recuerdos de historia. Y cosas sagradas que no se pueden olvidar. Es el San Sebastián recogido. Con algunas calles de silencio que parece nos conducen a una plaza de catedral. Con poema de campanas, con aires de ilusión, y con el baño de una luz que no acaba de oscurecer.

Esas calles estrechas y limpias. De confidencias y silenciosas, en horas de soledad. Que se apartán del bullicio. Que saltan en nuestra memoria siglos de historia. Las dos subidas del Castillo: la rampa de Santa Marta, con empinada pendiente como a la ventura trazada; la otra, que nos conduce a la antigua puerta, donde la garita del centinela era en nuestra niñez temor ante la negativa del paso a la célebre fortaleza. Pedazo anacrónico de una Ciudad irrumpiendo a su grandeza y que todavía recuerda

en San Sebastián secular. Se bajan las escaleras que nos llevan al atrio de Santa María, con olor de incienso; y por la calle Mayor, entrando en la de Puerto, nos hundimos en las arcadas de la plaza de la Constitución, con el tiempo que va pasando por ellas.

Plaza descrita ya por nosotros y que va alcanzando mayor emoción a medida que transcurren los años y camino del final del segundo siglo. Entonces será el tiempo el encargado de conmover y de sentir lo que por allí pasó. Pues bien; por estas calles y plazas vetustas. Sus paseos. Sus calles. Sus piedras y sus costumbres populares. Sus hombres y sus pedazos de suelo antiguo; donde Iñigo Loyola y Javier, dijeron misas; Alonso Rodríguez, predicó; y la imagen de San Roque fué paseada en procesión, fueron para Raimundo Sarriegui, el alma de la inspiración de su música. Que suena en San Sebastián entre sus calles estrechas. Luces misteriosas del amanecer. Con plazuelas antiguas y con balcones principios del siglo.

Aquel carácter de una vida encerrada en el marco de la vieja Ciudad, que apenas llegaba a la avenida de la Libertad. La alegría de las Sociedades populares, pero típicas y netamente donostiaras. La tertulia de rebotica, y el café después de comer con la piña de amigos. La placidez de aquella «tacita de plata» que llamaban a San Sebastián. El respeto a todo y por todos.

El chocolate de las tardes familiares. Y el tresillo del anocheecer, con su última luz en el horizonte del mar, visto desde la

Concha. Y la visita a la Iglesia secular; a la Reina de los Cielos; a la del Coro, y ante Ella el rosario y la inspiración del músico en la expansión de su alma. Esta fué la musa de la inspiración de Sarriegui. Aquella inspiración de la que nació la «Marcha de San Sebastián», con la vibración de sus extrañas notas y el sentido religioso de sus primeros compases.

A Sarriegui le bastaban sus cortos pasos por esas calles de la parte vieja para empaparse de su belleza. De esa belleza que no se sabe definir. Pero para quien siente, es la mayor de todas. Y Sarriegui, al pisar las losas de las vías donostiarras. Al escuchar la alegría desbordante de sus amigos. Cuando sentía el tañido de las campanas que a la aurora se levantaban a sonar. Y de noche y de día, soñaba con San Sebastián.

No tenía en su mente más que una nota de inspiración, y aquella, para San Sebastián. Y en sus papeles de música, el alma de la Ciudad. Y con el alma, la difícil inmortalidad.

Porque la «Marcha de San Sebastián». La famosa tamborrada es música consagrada para siempre en la parte vieja de la Ciudad. Con su atuendo original y la vibración que levanta en todo donostiarra. Y la música, basta tenga un solo sonido; si ese está inspirado, ya es inmortal. ¡Pero qué difícil la inspiración! Así, la música que por San Sebastián compuso Sarriegui, es la sola nota que se ha hecho inmortal. Pero inmortal para nosotros. Para los que nacimos en las Kosh-kas. Para la calle de la Trinidad, del Campanario, del Angel, Subida al Castillo. La calle Mayor. San

Jerónimo y Plazuelas, girones de las antiguas. Llevarla de ahí, es generalizarla, y querer sentir como una música general. Y no. No es eso. La «Marcha de San Sebastián», de Sarriegui, es la tamborrada de las primeras horas de la mañana, que a esa hora electriza la sensibilidad del temperamento donostiarra.

Así nació. Y así, a mi juicio, debe seguir. Así sintió su autor, porque Sarriegui no llevó más pretensión a su pentagrama, que la de vibrar en sus notas, el típico carácter del hijo de la Ciudad. Música de la llamada «tamborrada». Alegre, bulliciosa, despierta vibrante de emoción; en rededor de nuestras antiguas calles. Fuera de ellas, indiferente; con tal indiferencia, que para interesar, se han de añadir temas y atributos en los que jamás pensó el autor de la música de las «Inñudes y Caldereros» y el «Yriyarena», de la «tamborrada».

Raimundo Sarriegui, al sentir las notas de una música de su típica modalidad, la entregó a los donostiarras; para que la sintiesen como donostiarras; para nada más. No hizo música por hacer música. Ni por la gloria envanecida. Ni para fuera de su Ciudad querida. La hizo para que la sintiesen los nacidos en su misma Ciudad. Los que podíamos sentirla con alegría y hasta con locura de amor por nuestras cosas; cuando pisando las aceras del viejo San Sebastián en el día de su Santo Patrono, vibrásemos de entusiasmo, con los primeros compases de su inmortal «tamborrada».

Creo, además, que no carece esta marcha de un sentido reli-

gioso en sus primeros compases. Si nos fijamos en el comienzo del «Kirie», de una de las misas del maestro Santesteban. Si después escuchamos las primeras notas de la «Marcha de San Sebastián», no es difícil encontrar un parecido musical de innegable armonía.

Formado Sarrigui, desde niño, en la música de Capilla de Santa María. Tenor más tarde en la Parroquia de San Vicente. Conocedor hasta el detalle de todas las composiciones musicales de Santesteban; la influencia del gran organista, no podía ser difícil.

No sé dónde se encontraría hoy el archivo musical de Santesteban. Pero si se pudiese dar con él, se vería la semejanza del comienzo de la «Marcha de San Sebastián», con los primeros compases de la misa de Santesteban.

Pero nada importa esto. Porque, aparte de que nadie ha creado nada nuevo en el mundo —todo es copia de lo que han hecho y dicho otros— la adaptación del trabajo de Sarrigui; su asimilación al alma donostiarra, es de una maestría, que puede calificarse de insuperable.

Música donostiarra. Inconfundible. De calles que huelen a parte antigua de la Ciudad. Que evocan costumbres pasadas. Y que él, con una marcha que llamó de «San Sebastián», se hizo el más popular de los músicos.

Parecía vivir en aquellos tiempos, en que un solo artículo de periódico, hacía en la Corte de España, popular a un escritor; y

una nota de pentagrama, genial a un músico. Y este es el caso de Raimundo Sarriegui. No frecuentaba tabernas. Ni se inspiraba en las mesas de café. Sue paseos eran las calles que él tanto amó y que apenas rebasaban las aceras de la calle Garibay.

Al anochecer, con la vespertina luz, la belleza del rosario de Santa María —la Parroquia de la Reina de los Cielos.— Ya después, la tertulia amena de la rebotica, para terminar en el descanso familiar; aquello era para él, San Sebastián. Así se inspiraba Sarriegui. No le hacía falta más. Porque la llama de la inspiración, la tenía dentro. Y porque andando como andaba, despacio, con la débil cojera; con su rostro colorado, que parecía de continua emoción; su mirada, de inteligente bondad, era una imaginación despierta, que con su soledad, dialogaba con el numen de su ingenio musical. Con aquellas cosas y aquella alma que todas ellas las imaginaba del pasado. Con ellas vivía y con ellas paseaba.

Hace ya años. Estamos en 1914. El día 20 se había celebrado un homenaje en su honor. La banda Euterpe, creada por Sarriegui, fué un recuerdo de los tiempos en que él la creó y la dirigió. Hacía ya un año que había fallecido. La revista Euskal-erría le dedicó un número extraordinario. En estos tiempos de explosión de donostiarrismo, recordaremos que en aquel número, donde nos encontrábamos bien solos, le consagramos un extenso artículo biográfico. Los poetas euskéricos coronaron el fin de la vida del gran músico, hijo de la Ciudad, publicando inspiradas poesías

de exaltación a la memoria. Justo es mencionarlos por el mismo orden en que se publicaron en la veterana revista. Don Victoriano Iraola. José Zapirain ta Irastorza. Juan Ignacio Uranga. José Artola. Manuel Uranga. Juan Rafael Berrondo y Toribio Alzaga.

Cuando murió Sarriegui, fueron sus últimas composiciones, que dejó inéditas, un poema inspirado en el sonido de las campanas de Santa María. Y una de las que electrizan el entusiasmo de los donostiarras, el famoso popurri de «Carnaval». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado a la ya olvidada Banda Municipal!

¿Y el pasodoble de la tamborrada? ¿Y el «Iriyarena» suyo tan personal? Y no dejemos de recordar aquella inspiradísima zarzuela «Pasayan», con aquella serenata que el tenor admirable, don Manuel Vidarte, la cantaba, interpretándola maravillosamente.

Fué también aquella charanga, creación suya, tan personal e inconfundible como su música. Obra de un músico apasionado, de la inspiración de su Ciudad y de su pueblo, que la dejaba como relicario. Y no quiso escribir más que aquel tipo de música. La de generaciones anteriores. La de la misma suya. Pero inspirada. Suya y de su pueblo. La «Marcha de San Sebastián». El «Iriyarena». «Pasayan». Popurri de «Carnaval». Obras de tanta personalidad local y bellamente donostiarras.

Que no se puede interpretar en cualquier marco, sino en el que le corresponde. Característico y especial. Para no profanarla. Y en cambio sentirla. Y sentirla con pasión. Como el último vuelo de una canción. Si sus años postreros fueron de serenidad, quie-

tud y silencio, en cambio le han dejado una estela de recuerdo inmortal, con el perfume que no se ha evaporado, aunque aquella época se fué con él y ya no queda más que el recuerdo.

El de ayer, sin incorporarse al de hoy. Y el de hoy, sin sentir el de ayer. Sarriegui. Usandizaga. Dos músicos distintos. Pero los dos, donostiarras. Los dos, inspirados. Sarriegui, con la llama de una inspiración poéticamente local; y Usandizaga, genio de la música, al que dedicaremos el recuerdo que su obra merece, en toda su grandeza.

